

Las cosas

Caos y apocalipsis, alfa y omega:

Sólo un poco de agua tirana.

Muchos años tuvieron que extraviarse.

La casa era pequeña, pero mi madre tenía la virtud prestidigitadora de hacer sitio donde no lo había, y en tres dormitorios de tres por tres, una cocina estrecha, un baño de batalla y una salita, cabía una pavorosa cantidad de cosas. No sé cómo hacía mi madre para acomodar media docena de helechos colgantes, cuatro sillones de espaldar espigado, un escritorio –cuya sola presencia arrinconada bastaba para perderse en un mundo de papeles viejos, estuches de pinceles y marcadores, libros de polvo sin lomo y pomos de tinta china–, un sofá lánguido –cercado no sólo por las macetas de tierra de los gusanos, sino también por los urinarios con el aserrín de los gatos–, un reloj grande –que mi padre quería botar por su mala costumbre de despertarlo de la siesta–, dos mesitas bajas, catorce lámparas de vidrio con los cables enmarañados, jarrones intocables –sin contar con las bailarinas de ballet y los elefantitos traslúcidos, los búhos en actitud hierática, los borrachitos guitarreros y las monjas de arcilla, que llegaban, día tras día, bajo el brazo de mi padre y abarrotaban la estantería de vidrio de una sala que, más que sala, era un juguete de la desidia–.

No obstante, sometido a los caprichos de la memoria, me sé incapaz de recordar *todas las cosas* que había en casa. Ah, la marea irrumpió hace sólo unos días, haciendo jirones la serenidad ganada en años de olvido –se levantó de pronto, infinita como una Hidra, y ahora mis recuerdos son casi tan numerosos como las cosas que se perdieron irremediamente–.

Lo cierto es que con tantas cosas era remota la calma, y el orden, imposible.

De ahí que el caos se dilatara por los pasillos y se apoltronara en los cuartos. Era tal el desconcierto, que una noche mi padre dejó escapar que *si algún día encuentro mis lentes en esta casa de mierda, doy por cierta la versión de la existencia de Dios*. Había que verlo: otro día, al desencontrar su *Selecciones del Reader Digest*, no esperó comprobaciones, se puso furibundo y salió a comprar otro; demasiado tarde vio a mi madre que, con la puerta del baño entreabierta, cosechaba, la revista sobre las piernas, los frutos de la digestión. Y para colmo, mi hermana, que estaba en la etapa de pregunte y pregunte, no dejó de preguntarle a mi padre por qué había comprado dos veces el mismo ejemplar de la revista; pero mi madre se apresuró a contestar:

- Es que tu papá es un hombre práctico, mamita.

Era el tiempo de las peleas solapadas: se mandaban indirectas directísimas, pero casi siempre tenían que tragarse la bilis de tener la razón, porque ninguno de los ataques era lo bastante explícito como para justificar una argumentación. Así, podían pelearse sin entrar en conflicto. Un día, mi madre invitó a cenar a nuestro médico de cabecera. Estaba de pie en la sala, absorto en la contemplación de los helechos melenudos, cuando ella le preguntó si le gustaba la decoración. El médico, rojo de pronto, asintió con la cabeza y añadió, casi inaudible, el adverbio “mucho”. Entonces mi padre metió su cuchara:

- Es la primera vez que le pesco una mentira, doctor; ayer me dijo que aborrecía el jardín botánico.

Con las cosas, se perdían otras muchas, y entre ellas, la paciencia. Tal vez por eso, la frecuencia de las pérdidas crecía de forma implacable. Pues sólo en un principio nos demoramos buscando con lupa un arete, un caballo de ajedrez, un cortaúñas, y luego un disco, una fotografía con su marco, un atlas –y al final, cuando

empezaron a extraviarse cosas de valor, mi padre hizo asegurar puertas y ventanas con trancas y barrotes, seguro de que se nos metían rateros en la negligencia de la madrugada. No obstante, las cosas se siguieron perdiendo y ya no se supo a quién culpar.

Una mañana, por ejemplo, nos despertó un alarido: era mi madre, que había perdido su joyero de cedro tallado. Mientras ella lo buscaba hasta en las macetas, mi padre calculaba, sentado a la mesa del desayuno sin servir, la pérdida en dólares, y ambos llegaron a la rotunda conclusión de que había sido la cosa más cara que se había perdido entre tantas cosas.

Mi padre nos daba plata para que reemplazáramos nuestras cosas con otras cosas más modestas, pero el humor se le tizó de una resignación negra que, al final, parecía más bien una forma del desgano, y terminó por componérsele la cara para empezar a reírse como un loco cada vez que una cosa se perdía. Mi madre, por su parte, tuvo siempre una actitud inquieta: una cosa perdida era una detonación: la veíamos revolver el desorden de siglos en un solo día, barrer el mundo en cinco minutos, pero a la larga, salía derrotada por su propia manía de comprar cachivaches o, lo que es igual, de encargárselos a mi padre. Además, los búhos en actitud hierática, los borrachitos guitarreros, las monjas lectoras, las bailarinas de ballet y los elefantitos traslúcidos –presas fáciles de las veleidades de los gatos a fuerza de estar en la repisa más alta–, presentaban una variación exclusiva de cada personaje, de modo que, ramificada hasta el vértigo, esa proliferación de cositas frágiles, que ennegrecía la estantería de vidrio, bien podía ser infinita. Pero ante todo, como decía mi madre, era una *colección oficial*, aunque al final terminara por esparcirse inexorablemente por los rincones de la casa y se convirtiera en otro títere del caos.

Mi hermana perdía la mayoría de las cosas. Desde que tuvo uso de razón, aprendió a decir *mierda* y se metía los dedos a la boca y era la señal inequívoca de que había perdido algo, otra vez. Pero no la abandonó nunca la sombra del osito de felpa azul que dejó sobre el sofá antes de salir a la escuela, sin saber que era la última vez que dejaba su osito de felpa azul sobre el sofá; y mucho menos la del juego completo de llaves, cuyo dueño (nada menos que su novio), no bien llegado a La Paz después de un viaje de negocios, tuvo que sudar la gota gorda para conseguir una copia que le permitiera entrar en su apartamento, dado que la única existente estaba en posesión de su inquilino –de viaje entonces en Brasil–, y no le creyó nunca a mi hermana la versión fácil de que en casa las cosas se perdían porque sí, y atribuyó la pérdida a un descuido que le azuzó los celos.

Eran los días en que entré en la carrera de Literatura, y mi padre me dijo sin asco que me iba a morir de hambre. No le gustaba que llegara por la mañana, trasnochado de poesía, ni que los sábados me fuera a bailar Caporales. Él era abogado, como lo había sido su padre; pero cuando un compañero mío blasfemó al llamarlos *putas de terno*, mi padre contestó, sin levantar la vista del periódico:

- En este país, se puede perder cualquiera...

Por burla, por exasperación, mi madre exclamó en cierta ocasión:

- ¡En esta casa, se puede perder hasta Dios!

Estaba revolviendo cajas, cajitas y cajones en la sala, en busca de unos libros viejos, y fue cuando me enteré de que también a ella le hubiese gustado ser escritora, pero que sus padres la habían amilanado con el mismo argumento del hambre. Al final, hizo cuatro años de informática que le sirvieron durante el primer lustro de vida activa, y luego le vinieron a decir que lo que ella sabía sobre

programación era obsoleto. De modo que se inscribió a un curso por correspondencia de decoración de interiores de la Universidad de Alabama, pero lo abandonó al darse cuenta de que estaba incompleto, no porque no le hubieran enviado sistemáticamente los pliegos, sino porque tardaban más en llegar que en perderse en el laberinto de la casa.

Las cosas ya no se perdían, no porque no se perdieran, sino porque se perdían tanto que era como si no se perdieran. Sin embargo, un día se perdió el Monopolio que me había llegado desde la muerte de un tío. El tablero estaba cubierto de una sombra de tiempo y los billetes rezumaban un olor a vegetales vivos; pero mi madre me dijo que era una reliquia familiar. Con ella habían matado tantas veces el tiempo hermanos y hermanas, primos y primas y hasta tíos remotos, que cuando se perdió, alocada, alucinada, armó el Juicio Final en mi cuarto. Así “se perdió” una botella de ron que hallé de improviso, meses después, en un cajón, junto con otras trece botellas vacías, que mi madre convirtió en lámparas, con focos en las boquillas y pantallas de lino, y que atravesó con cables haciéndoles un boquete en el culo. Fue en vano, pues los gatos, implacables, no dejaron ni los añicos de los añicos sobre la alfombra.

Lo extraño de todo esto, ahora que lo pienso, es que en ningún momento, de todos los años vividos en casa, se perdiera un solo gato. Teníamos tres machos: el amarillo y el gris salían de orgía en las noches de luna y volvían con el pelaje hecho jirones y unos ojos de gusto envidiables. El negro, que estaba castrado y había ganado volumen, se estaba tendido sobre el sofá de la sala día y noche, y sólo se movía para comer, hacer sus necesidades o escarbar en las macetas en pos del postre. Tal vez para matar el aburrimiento diurno, los otros dos lo madrugaban con ataques aéreos, tomando impulso desde el escritorio o desde los sillones o desde

las mesitas bajas, para clavarle las garras en el cuerpo abotagado, que no emergía de su letargo sino para quejarse. No obstante, era el preferido de mi hermana, que lo adornaba con faldas de muñeca y moños celestes y lo acomodaba en una cuna con otros peluches, y le untaba los bigotes con vaselina perfumada para que se casara. Fue el gato que envejeció más pronto, pues al final de su corta vida andaba rengueando y tenía una nalga más grande que la otra, lo cual me permitió reconocerlo hace unos días, cuando se me apareció –extraña visión– sobre un alero que crujía con sus pasos de elefante.

Sólo entonces sentí caminar por debajo de la tierra la muchedumbre de los años extraviados.

No, no tomé en cuenta la advertencia –la fisura–, y volví, por calles ya ensombrecidas, espionando los aleros extrañamente silenciosos. La casa no queda lejos, pero no había regresado –tal vez porque la rutina de un funcionario y el borroso horario de un escritor son veinticuatro eslabones eternos– desde que mis padres... no puedo afirmar que, al final, terminaron por tirarse los platos a la cara porque, a decir verdad, para entonces, ya no había platos en casa: todo el noble linaje de la vajilla Rosenthal –que mi madre heredó de su madre y ésta de la madre de su madre– se esfumó de la noche a la mañana. La verdad es que mis padres se perdieron para adentro, en el mutismo y el rencor de las sillas mecedoras y los empapelados floreados de un asilo del que no pudo sacarlos ni Dios. ¿Mi hermana? De la mano del marido, se extinguió en la geografía, en aviones y trenes y autos velocísimos. *La casa sigue ahí* –me consolaba yo, camino al temido callejón.

Así que tuve que soportar un sopapo del tiempo cuando vi el muro pintado de rosa y la puerta de calle marcada con el *Clausurado* de Impuestos Internos. Además, las aceras rotas, las ventanas –propias y ajenas– selladas por dentro con plásticos

colorados, pero también el silencio salvaje, habían transformado el callejón de pelota de los chicos del barrio en un callejón de puteros sin salida.

Me entró no sé qué y me metí en la casa.

Desconocí el zaguán: era un florero de hierbas espigadas, y de la vereda de ladrillos de otro tiempo no quedaba sino un fleco blancuzco. Caminé entre los hongos y el pasto de siglos, y empujé la reja que dio un alarido ronco y me descubrió las paredes pastosas que dan a la primera penumbra de la casa. La puerta estaba abierta, adornada con los racimos de huevos y los velos de novia de araña en las bisagras.

Todas las cortinas estaban cerradas y de la oscuridad manaba una humedad fría. Atravesé el pasillo a tientas hasta tocar un vacío que resultó ser un cuarto convertido en depósito; lo supe por el estrépito del promontorio de cajas húmedas que derribé al pasar y que cayeron derramándose, sangrando su contenido... Las recogí del piso mojado –había goteras por todas partes y el ritmo de su caída producía un eco loco–, y se me resbaló de las manos un bulto, que se desmembró chapoteando en el piso. Oí, casi al mismo tiempo, el ejercicio de una ristra de cascabeles que se me había enganchado en la camisa. No entendí sino cuando palpé las botitas de plástico con las que mi hermana salía a la lluvia; el tablero exacto del Monopolio íntegro, con los billetes en fajos de a mil; el joyero de cedro tallado de mi madre, en que hacían el amor una maraña de collares de perlas equívocas y larvas vivas; el estuche con el reloj del padre de mi padre. Entonces me detuve.

Salí de la casa y no pienso volver; no vaya a ser que, en un impulso definitivo, me lleve la marea sagrada del tiempo.